

MIGUEL ARTECHE

La

Invitación al Olvido

EDICIONES ACANTO

SANTIAGO DE CHILE

1947

LA INVITACION AL OLVIDO

MIGUEL ARTECHE

La
Invitación al Olvido

EDICIONES ACANTO
SANTIAGO DE CHILE

1947

PROLOGO

AQUI está la poesía apenas vaga y balbuciente. Aquí está la poesía y, una vez más, no sabemos en qué consiste. Aquí está su emanación, esta es su melodía turbadora, esta su atmósfera. Aquí está la poesía: «No la toques ya más que así es la rosa». Aspiramos su aliento enamorado, bebemos su mirada infinita, tomamos entre las nuestras sus transparentes manos puras. Pero no sabemos en qué consiste. Que no reside en las fulgurantes asociaciones metafóricas porque se expresa con desnudas palabras humanas, con imágenes que, si nuevas, nos parecen haber sido musitadas desde siempre en nuestro oído. Que tampoco reside en la nítida curva de los versos, en la redonda música de las estrofas; que aquí los versos son lentos, opacos, descaecidos; que aquí la música es apenas circulación musical, difusa musicalidad, como esas canciones que escuchamos soñando y que parecen llegarnos por los intersticios del sueño.

Aquí está la poesía de Miguel Arteche, que «no tiene forma ni color», pero sí tiene aroma; un aroma nostálgico y celeste. Poesía nocturna, matinal, como luna de amanecer. Poesía trémula de álamos con viento, de nubes que huyen ante el silbo azul del cielo, de aguas que van al mar. Orilla tibia y húmeda del valle del sur. Orilla del río del sur donde llega el bosque con su aliento de música y misterio, con su verde sombra, y con su soledad. Voz plateada, intimista, voz con niebla dorada como el amanecer en los hondos valles que un río entiernece.

Cruza una nube «como un olvido blanco, como un sueño». Se escucha el roce de adolescentes caricias. La muerte está lejana. Todavía se toca la infancia con la mano. Por la penumbra azul vagan los cálidos fantasmas del corazón. Sonríen dulcemente los días idos con sus sueños, agrupadas en un rincón de la memoria. En lo inexpresable mueven su tierno ademán los deseos, los divagantes deseos juveniles. Anda el amor, florido rostro. Anda el tiempo, anda el tiempo, rostro taciturno. En torno se evapora una como fragante y melancólica respiración de jardín. Pero todo lo empaña el olvido con su aliento. Y detrás de todo ello, serio y sonriente, adolescente y antiguo, un inconcluso perfil de poeta.

Aquí está la poesía de Miguel Arteche, fino y todavía nebuloso poeta. Entremos en ella sin andaderas críticas, sin pretenciosas definiciones estéticas, sin denunciar ausencias o presencias, sin fijarle límites e influjos: sencillamente, como se entra en un perfume, en una amistad, en un amor; con el alma y con los sentidos abiertos. Para ser criaturas suyas. Para errar de mano por el reino en que ella reina.

Aquí está la poesía de Miguel Arteche.

EDUARDO CARRANZA.

LA INVITACION AL OLVIDO

I

ALAMOS

Altos, desiguales, verdecidos al aire
Que gime su color al desprenderse
Y corre por los verdes muslos soñolientos
Dejando en el trasluz sus lentas manos.

Si en aquello de la noche su figura
Es grácil como un principio adolescente,
Su aire es más suave cuando olvidan,
Cuando la mano de los muertos viene
A remover sus venas desde abajo.

Hay un olvido, un silencio en su silencio,
Un sueño en su sueño, sólo llega
El tiempo a mojar sus hojas verdes.

Al verlos en la noche vibra el viento,
Les entrega su piel tan dilatada
Y allí roza, llora, quiere, dulcemente
Besa sus miembros que el otoño desata.

II

Tibio tal el beso que no arde,
Que queda solo y ya no cae.

O como triste sueño sale,
Suspiro en los cristales,
Hondo como la caricia sabe.

Tu cuerpo ya es sólo la nada;
Dulce como todo lo que escapa.

III

En el sueño perdido se olvida tu figura,
Así como la noche su luz está en el beso;
Recuerdo aquel lugar donde tus ojos quieren
Mientras el sur lejano se adormece en la muerte.

En tus labios que vibran lo oscuro es lo soñado;
O como un lecho abierto que olvidara ese cuerpo,
Si lo de lejos huye, su sonido, su acento,
Sueñan cerca de mí, invisibles, sin pena.

Allí, afuera, se escucha la lluvia soñolienta,
Algo que pasa dulce, que besa lo olvidado;
Así tu cuerpo ausente y tu imagen ausente
Sobre las hojas tristes de un otoño que escapa.

IV

Quisiera volver por los lugares del olvido,
Sentir ese niño que sonreía ausente,
Viento entre los cabellos,
Cuerpo, rosa que palpitaba ya entreabierta.

Quisiera huir adormecido o suave
Entre unos dedos que acaricien;
Que mi sueño levante en otra carne
Otro deseo igual, igual cansancio.

Quisiera tenerte en mi cuerpo como lluvia,
Como deseo final que ahogara otro deseo
Más alto, más triste, más lejano,
Algún día entre mis manos solitarias.

No, que no es nada mi cuerpo;
Nada tu cuerpo como el mío,
Algo que suspira aquí en el pecho,
Que un día, como tú tendida, estará en el aire.

v

LA NUBE

Como un olvido blanco, como un sueño,
Pierde allá tu mano lentos campos,
El verdor, el desierto, el rostro gris
De la pampa. Esparciendo tu consuelo,
Junto a la rota geografía del sur,
Te alzas hacia tantos deseos muertos,
Hecho tu cuerpo profundo necesidad del hombre.

Aquí, en la tierra, la sorda voz, la muerte
A veces llama, pero el sueño sólo queda
Allá arriba, allá lejos, en la dehesa azul.
Mientras recorres con tus pies sin huellas
El día, haces renacer, cuando huyes,
El firmamento, la frente azul de un dios magnánimo.

Te abres como la rosa blanca, mostrando
El consuelo, el baño purísimo y oculto
De otra rosa esbelta que es azul, como azules
Son los lejanos sueños de la infancia
Que tú lanzas sobre nosotros, alentando
La nocturna esbeltez de nuestros días juveniles.

Esa blanca viajera, deslizando olvidos,
Canta en nosotros la angustia de su paso
Fugaz en otro tiempo, agrupada con otras,
Los días oscurecidos por su leche tan alta
Que derrama encima de las casas tranquilas,
Penetrando tras los escondidos deseos.
Exaltando la gris melancolía, bañando el muro,
Abriendo a la ventana el fluir tranquilo de los días
Que quedan, que se fueron, con sonrisas igualmente dulces,
Agrupados tras los rincones del pasado,
En el musgoso terciopelo de los besos.

La nube es la muerte del amor. Como pálidos
Deseos, el aire de mayo tibio la descubre.
Entre el atardecer de junio, entre el viento,
Al mirar arriba, el saludo de tus ojos,
Viendo que, como el amor, te desvaneces
Entre las tiernas manos juveniles que perdidas
Anhelaron un día aprisionar tu delgado nombre.

VI

Como cae la lluvia entre las nubes,
Su cuerpo entre las nubes
Se olvida de que tan alto
Existió sobre la tierra;

Como cae en los cristales, soñolienta,
Y vive siempre entre los ojos
Recordando lo pasado por los besos;

Como llueve ese olvido
Dejando ya mi boca entre los labios
Hecho un sueño solo porque no estás,
Porque escuchas su melodía, tal el arpa
Vierte en las venas frías su consuelo;

Como todo lo que siento y que me roza,
Suspiro leve ya en el pecho,
Así tu imagen amada, hondo latir presuroso,
Algo que sólo queda en mis manos
Alado como un beso que no me pertenece.

VII

Si el aire vive entre otros ojos cansados,
En ese sueño de sus labios,
Mientras evoca, como un rumor lejano,
Aquellos dulces miembros extendidos
Que durmiendo se sienten como una oscura llama.

Si veo todo tan lejano o cerca,
Pasos quedos sobre una tierra viva
Como a un sueño de piedra convertidos,
Donde los besos mueren tras las mejillas.

Si ya por la penumbra se aparece
Aquel antiguo beso por la boca,
Esa herida como otro labio
Abierta a otra herida suave, sagrada, soñolienta.

Quiero no sentir, lejano, ese frío amargo,
Aquella caricia de las pupilas,
Aquel instante sin recuerdo,
Ausente entre su sueño solitario,
Porque la muerte tan sólo me acompaña
Allá, casi olvidado entre el planeta helado,
Donde quisiera estar perdido.

VIII

Hacia la nube, hacia el olvido,
Hacia aquel día perdido que tú tienes,
Allí, sombras mías, quiero anegarme;
Allí, tu adolescencia es sólo viento.

Al afán de somnolencia, delgadísimos juncos,
Nube mía, afán de secretos,
Insondable como el amor, quiero tu cuerpo,
Habita tu presencia, huyes, te desvaneces.

Te quiero ahora.
Tierna tú, deseo a alguien,
Quiero una sombra,
Dejo sueños.

Allá, hacia allá, al país helado,
Caminando entre ortigas,
Viento, eres nube;
Nube, eres semejante a sus deseos;
Cielo, cubres otras azules frentes de dioses.

Tú, hacia la nube.
Perdida tú, forma mía, hacia el aire.

Ya nada quiero.

IX

El otoño de nuevo, tal las hojas
Que distribuyen calcinado el verde,
Siendo contra mi cuerpo algo imposible,
Agua en el agua, rozando los cristales.

Ahora, en este otoño, lejos del sur,
Recuerdo su niebla caída sonriendo,
Antes de que un extraño deseo,
Carne de otra carne,
Sueño de otro sueño,
Enmudeciera la sonrisa grácil del adolescente.

No, allá en el sur vive el olvido,
Allá el viento abre sus dedos temblando dulcemente,
Como el murmullo final de un cuerpo muerto
Me dormiré en el sur un día que recuerdo
Hecho sueño mortal,
Mortaja fiel y oscura en este otoño.

x

Sonrisas, hojas,
Por el atardecer;
Caen esos sueños
Buscando la lluvia
Perdida en los labios.

Anegada quiero
Descienda la tierra.
Queda ahora mojada.
Llueve allá lejos.
Llueve cerca, aquí,
Tras el beso.

Rumores, ese viento
Cerquísimo anhela
El sueño solo.
Tal vez alas.
Tal vez olvidos.
Entre muros grises
Está naciendo.

Otro encanto invisible
De tiernas agujas,
Primeras caricias;
Todo: traiciones,
Ternuras, espasmos,
Huyen siempre.

Más allá el aire
Demasiado triste
Corre al mar,
Al denso bosque
De verdor, al clima
De invierno, lejos.

Amarillos goces
Color de hastío.
Nada es el amor
Sin furia. ¿Qué alas
Surcan el azulísimo
Espacio de entresueño
Que va sintiendo?

Ni siquiera el lecho
Ofrece una paz,
Un amor, un cansancio.
La noche, el olvido,
La soledad, el sueño,
El amor primero,
La adolescencia fresca.

Todo huye.

XI

Con aire soñador no quiero verla,
Como la infancia dulce que se escurre.
Allí mi imagen conservó su imagen
Rodando soñolienta tras las nubes.

Pasar por otra orilla ya aprendida;
Doler su olvido allá en la infancia.
Volver o no volver, quedaba extático
Su dulce cuerpo entre las hierbas blancas.

Tan luego en el invierno por la lluvia
Pasaba sonriendo en los cristales.
Algo de sueño. Un sueño largo, largo,
Que ha de durar fugaz como tu imagen.

Te has ido dulcemente. Ahora veo
Un cuerpo solitario hundido en niebla.
Porque mi cuerpo vela un lecho solo.
En el olvido es donde el sueño queda.

XII

Sólo apoyado en tu sombra,
En tu regazo suave,
En tus libres ojos que son nubes,
Nubes con un calor de cielo abierto;

Sólo en tu piel que tiembla con ese fuego o frío,
En tus manos que crujen, silenciosamente,
Sobre otro pelo suelto, que es mi olvido o mi muerte;

Tan sólo desvanecido o sollozando
Quiero tu corazón que es la partida,
Quiero ese resplandor que tan sereno
Lanza un pájaro dulce sobre tus pechos.

Apoyado sobre tu cuerpo,
Porque triste es el deseo de tu cuerpo,
En el cántico que guardas, tú, tan íntima,
Siento que ya las plantas se adormecen,
Siento que en el otoño eres tú quien me quiere,
Porque en tu pecho escucho cómo canta el olvido
Como una luz incierta que resbala muriendo.

XIII

Como al mirar tu cuerpo está la luz
Delgadísima, vacilante por el sueño,
Así como la noche que se avanza
Por el aire del lecho.

Como tu voz, niebla del día,
Como tu beso que se escucha,
Tan sólo como un labio
La sed entre los cuerpos.

Como la luz engaña en los cristales
Así tu piel remota,
Permaneciendo en la mirada sola,
Como nace el invierno por un río.

XIV

Alado como el beso que cubre
De sueño la mansión del olvido,
Tal la sonrisa se dobla por el labio,
Yerta, grácil, hundiéndose, velada.

Tan puro como el día que surge
Entre ocaso y alba, la violeta
Va alzándose en sí misma,
Levantando su beso de la tierra.

Como toda la angustia, lo que siento
Está mucho más adentro;
Como creció su beso, como a veces
Pasa por entre el sueño.

Te quería.

Caí en tu frente con cansancio;
Fuí sombra ausente,
Calor entre rizos juveniles,
Olvido en nubarrones lentos;
Pero sólo fuí sombra.

Ahora, en estos días,
Es otoño en el sur.

Como nube, callado el paso,
Apenas el agua palpita en el pecho;
Leve es tu imagen risueña;
Aún flota en el aire tu herida.

Te quise.

XVI

Era un aire tranquilo,
Idéntico al sonido del olvido cuando asoma entre las ramas;
Idéntico al deseo que entre los lechos habita
Como un ruido abandonado de tristeza;
Igual al adolescente que no mira
Cuál es su deseo, cuál es su cielo, cuál es su cansancio,
Cuál es el cuerpo que lo llevará a apagarse.

Pero el aire redivivo,
Como fugaz engaste entre esos miembros;
Como cántico ya entrevisto en la mañana,
Como la sierra de granito
Que llorara unas alas de pinares,
Es quien se duerme, tal la niebla sin encontrar su tierra.

Morada luz del día penetra en la ventana,
Cuando los ojos buscan la imagen del amor ya derramada;
Sólo una triste figura del amor,
Idéntica en el aire, igual en el aire,
Idéntica a los tristes pensamientos que en la noche
Tienen dos cuerpos sedientos abriéndose al amor;
Luz amarilla del amor, luz borrascosa del amor,
Cuando los ojos sorprendidos del adolescente
Buscan qué es el deseo,
Si es el aire, si es el día, si es la luz,
Si es el espacio separado que tristemente junta a dos cuerpos
en la sombra.

XVII

ELEGIA AL INVIERNO DEL SUR

Bajo tus meses oscuros,
Día a día se eleva
La frialdad dulce de tus muslos,
Aire reposado en mármol,
Como un deseo ya perdido,
Cuando pasan los años lentos
Sobre tus vívidas constelaciones.

Entre la pena que tienen tus imágenes,
Tal el fondo musgoso que habitan los recuerdos,
La forma de tu espada penetrando
Oscuras maderas, llantos escondidos,
Porque tu mano se extiende
Por la derramada tristeza de los hombres.

Así te evoco, como la adolescencia
Tan lenta en entregar sus sueños,
Allá en el sur lejano de mis días,
Junto a los antiguos seres queridos,
Donde los tristes huesos, pálidos en sus losas,
Tiemblan con un amor que los recorre
Como un olvido de granito que gimiera.

Estás desde los cielos
Yerto de murmullos. Alargado
Como una mano en mis entrañas.
Recorriendo vas con suave temblor
De oscuros besos, la frente absorta
Bajo tu planta bienhechora.
Porque tu sueño no es de piedra,
Aquel que tendido encanta encima de las aguas.

De los lagos, mientras las montañas
Duermen tu aromática fuerza,
Los hombres miran la hermosura llena
De tu rostro inmarcesible.
Son los hijos que recorren tus llanuras,
Como perdidas hojas que devuelve el viento,
Sobre tu cuerpo helado que acongoja
Desde el lejano firmamento
El abierto atardecer de sus ojos en el mundo.

Estás en mí, padre soñador,
Y alegres flotan tus cabellos
Oscurecidos por los vientos del sur
Sobre mi cuerpo que saluda tu llegada,
Cuando tus manos que se abren
Sobre tantos cementerios
Hacen huir a la muerte,
Porque tu reinas, pensativo y solitario,
Sólo porque tus hijos, te obedecen.

No valen contra ti
La firme y rumorosa primavera
O el verano de soles angustiados.
Todo feliz augurio tu lo ahuyentas
Con el lejano otoño, en que comienza
La desconsolada tristeza,
Centro y fin de toda cosa.

Tu vas difundiendo
La soledad conjunta de los hombres;
Alegre tu llegada siente el amante en las horas de tristeza.
Mientras los pinos se estremecen al recibir el beso de tu
vientre,
Un cántico entre los álamos resuena.
Las violetas sueñan de su sueño
Tan oscurecido de nostalgia,
Tiemblan con tu mirada penetrante,
Temiendo a veces que pases entre las hojas.
Pero si llegas se entregan temblorosas
Con un rumor que dejara sus siluetas alegres al gozo recibido.

Padre, todo está en ti.
Tu nombre resuena entre los ecos claros de los cielos.
Tarde, noche, alba, te persiguen tenazmente.
Pero tu sueño es de nosotros,
Tu frío es de nosotros,
Tu voz se alza allá en el sur dulcemente inundado por tus
aguas,
Poblado de deseos insatisfechos,
Padre, lloras entre tus muslos inacabables.

Todo está en tu calma.
Más ancho que el ausente otoño
Te vas extendiendo en la tierra del cielo.
Fuego eres o agua, hierba
Que el ausente sol un día calcinara.
Bajo la penumbra estás sin que el tiempo de los dioses te
penetre.

DE ESTA PRIMERA EDICIÓN SE HAN IMPRESO
300 EJEMPLARES EN PAPEL PLUMA, NUMERA-
DOS DEL 1 AL 300

Ejemplar Número: